

¡Dios os pedirá cuenta de la sangre de ese niño!

—¡Esta es, dijo Pedro levantándose con orgullo, la justicia de la tierra! ¡Culpame á mí, culpa al patriarca, culpa á todos, menos al pecador! ¡Como si una cabeza ardiente y un corazón todavía mas ardiente, no bastasen para explicarlo todo! ¡Como si fuese la primera vez que un joven loco cae en las redes que le tiende un hermoso semblante!

—¡Oh, amigos míos, amigos míos! exclamó Arsenio: ¿por qué os injuriáis uno á otro sin motivo? Yo.... únicamente yo merezco censura. ¡Yo te aconsejé, Pambol!.... Yo le envié.... ¡Yo debiera haber sabido.... lo que hacia, conociendo tan bien el mundo, con arrojar al pobre inocente en medio de las tentaciones de Babilonia! ¡Ese es el resultado de todos mis proyectos! ¡Y ahora su sangre caerá sobre mi cabeza, como si no tuviese ya bastantes pecados que expiar! ¡Sí, iré á rescatar á mi Josef, al hijo de mis viejos años, de manos de los Madianitas! ¡Iré contigo.... ahora.... al instante! ¡No descansaré hasta encontrarle, y abrazaré sus rodillas hasta que se com-

padezca de mis cabellos blancos! Que Heracliano y Orestes sigan su camino.... Yo le encontraré, repito. ¡Oh, Absalon! ¡Hijo mio! ¡Pluguiese á Dios que hubiera muerto por tí, hijo mio! ¡Hijo mio!

## CAPITULO XII.

### LOS GOCES SENSUALES.

La casa que Pelagia y el Amal habian alquilado despues de su vuelta á Alejandría, era una de las mas magnificas de la ciudad. Hacia tres ó mas meses que vivian en ella, y en este tiempo el gusto de Pelagia habia suplido lo poco que le faltaba para llegar á ser un paraíso de goces sensuales. Pelagia era rica; y sus huéspedes godos, poseyendo con exceso despojos romanos, cuyo uso no entendian, la dejaban, y tambien á sus niñas, gastar con ellos los tesoros que habian ganado en muchos y terribles combates. ¿Qué les importaba? Con tal que tuviesen bastante que comer, y mas aún que beber, ningun uso mejor

creían poder hacer del resto de sus riquezas, que empleándolas en divertir á sus damas. . . . Y cuando no les quedase nada. . . . Entonces se marcharian á cualquier parte. . . . y ganarian mas. . . . Todo el mundo estaba ante ellos esperando ser saqueado, y ellos querían llenar su misión donde mejor les conviniese. Entretanto, no tenían prisa. El Egipto les suministraba profusión de alimentos de todas clases, que podían contentar paladares mas delicado que los suyos. Y por lo que toca al vino. . . pocos de ellos se acostaban sin embriagarse toda una semana. ¿Qué mas habian de desear las almas de los guerreros, ni aun en los salones del Valhalla?

Así pensaba la partida que ocupaba el patio interior de la casa, una calurosa tarde de la misma semana en que el mensajero de Cirilo habia interrumpido de un modo tan brusco el reposo de Sættis.

En cuanto al reposo de los huéspedes de Pelagia, nadie aún lo habia alterado. La gran ciudad rugia afuera. Orestes maquinaba; Cirilo contra-maquinaba; y el destino de un continente pendia (ó parecia pender), trémulo en la balan-

za; pero el tumulto exterior así turbaba el sosiego de aquellos perezosos titanes, como pudiera el ruido de las ruedas de un carro turbar á los papagayos y loros que poblaban, bajo un tendal de hilo de metal dorado, el patio interior de la casa de Pelagia. ¿Por qué se cuidarian ellos de semejantes cosas? Cada nuevo desórden, cada nueva ejecucion, conspiracion, bancarrota, ¿no era una señal de que el fruto estaba madurándose para el saqueo? Hasta la rebelion de Heracliano y la conspiracion que se sospechaba hallarse tramando Orestes, eran para los mas jóvenes é ignorantes godos una especie de juego de niños, al que podian asistir, y reirse, y apostar de la mañana á la noche; mientras que, en concepto de los mas avisados, como Wulf y Smid, eran solo señales de la corrupcion general. . . . nuevas grietas en aquellas grandes paredes, sobre las cuales se proponian con la sencilla é infantil conciencia de su poder, enarbolar la bandera de la victoria cuando se les antojase.

Y mientras llegaba la ocasion, ¿qué mejor cosa que comer, beber y dormir? Verdaderamente habian escogido un si-

tio encantador en que cumplir mision tan alta. Columnas de pórfido de color de púrpura y verde, entre las cuales brillaban los blancos miembros de delicadas estatuas, ceñían un estanque, en que habia un juego de agua que salpicaba perennemente las hojas de los naranjos y las mimosas, mezclando su murmullo con el canto de los pájaros tropicales que anidaban entre las ramas.

A un lado de la fuente, á la sombra de un palmito de hojas anchas, descansaban los fuertes miembros del Amal, tendidos sobre almohadones, con su cabellera amarilla coronada de hojas de vid, y teniendo en la mano una copa de oro, que habia sido ganada á los Rajahs indios por Cosroes, el Parto, á Cosroes por los generales romanos, á los generales romanos por los heroes de la piel de cordero y el cuero de caballo; Pelagia estaba al lado del dormido Hércules-Dionisos, apoyada en la orilla del estanque, sumergiendo perezosamente sus dedos en el agua, y gozando, como los mosquitos que cubrían su superficie, en el mero placer de la existencia.

En la opuesta orilla del estanque, servido cada cual por una Hebe de ojos

negros, que llenaba las copas y ayudaba de vez en cuando á vaciarlas, descansaban los especiales amigos y compañeros del Amal, Goderico, hijo de Hermanrico, y Agilmundo, hijo de Cniva, que, lo mismo que el Amal, se jactaban de descender de los dioses; y por último, el mas importante y sagrado personaje, Smid, hijo de Troll, reverenciado por su sabiduría, superior á la de los hijos de los hombres; pues no solo podia hacer y componer todo, desde un puente de barcas á un brazalete de oro, herrar los caballos y curarlos, aliviar por medio de hechizos todas las enfermedades de los hombres y las bestias, grabar runas, interpretar presagios bélicos, anunciar el tiempo, alborotar los vientos, y finalmente, vencer en la lucha á todos, excepto á Wulf, hijo de Ovida; sino que, durante su permanencia entre los medio civilizados mesogodos, habia tomado bastantes nociones de latin y de griego, y una idea grosera de leer y escribir.

A unas cuantas varas de allí estaba el anciano Wulf tendido de espaldas, con las rodillas en el aire y las manos cruzadas detrás de la cabeza, comen-

tando, medio dormido, la siguiente conversacion:

—Excelente vino, ¿no es verdad?

—Sí, excelente. ¿Quién lo compró para nosotros?

—La vieja Miriam, en una almoneda de un arrendador de contribuciones. El tunante hizo bancarota, y Miriam dijo que habia comprado el vino por la mitad de su precio.

—Mucho elogiáis á esa bribona de Miriam. Seguro estoy de que la vieja zorra ha hincado bien el diente en el negocio.

—¿Qué nos importa? Podemos pagar como hombres, si ganamos como hombres.

—No lo podremos mucho tiempo mas, obrando de este modo, murmuró Wulf.

—Entonces iremos á ganar mas. Estoy cansado de no hacer nada.

—La gente no necesita hacer nada, á menos que no sea esa su voluntad, dijo Goderico. Wulf y yo estuvimos corriendo á caballo la otra mañana por las arenosas colinas. Yo no habia tenido apetito hacia una semana, y desde entonces devoro como un lobo.

—¿Corriendo? ¿En esos brutos de largas piernas y colas pobladas, como una zorra sobre zancos, que el prefecto os indujo con engaño á comprar?

—Lo que os aseguro es que levantamos una multitud de esos.... No sé que nombre les dan aquí.... Ciervos con cuernos de cabra.

—¿Antilopes?

—Sí. Y los perros se lanzaron entre ellos, como un halcon en medio de una bandada de patos. Wulf y yo galopamos por aquellos malditos montones de arena, hasta que los caballos no pudieron mas; y cuando volvieron á adquirir brío, hallamos á cada pareja de perros con un ciervo muerto debajo. ¿Qué mas pudiera desear un hombre, no siéndole dado combatir? Os los comisteis, y así no teneis que reiros.

—Bien; segun eso, las únicas cosas de algun valor que produce Alejandría son perros.

—¿Y mugeres hermosas! dijo una de las jóvenes.

—Convengo en ello. Pero los hombres....

—¿Los qué? Yo no he visto un hombre desde que vine aquí, excepto uno

ó dos trabajadores en los muelles; todos son eclesiásticos y mozalvetes, á quienes supongo no ireis á llamar hombres.

—¿Qué es lo que saben hacer además de montar monos?

—Filosofar, segun dicen.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé; supongo será una especie de. . . .

—¡Pelagia! ¿Sabes qué viene á ser eso de filosofar?

—No, ni me importa.

—Yo lo sé. dijo Agilmundo con cierto aife de superioridad. Yo ví un filósofo el otro dia.

—¿Y qué especie de cosa era?

—Os lo diré! Estaba paseándome en la calle grande, en direccion del puerto, y ví una multitud de chicos. . . . aquí los llaman hombres. . . . entrar en un portal. Pregunté á uno de ellos qu ocurria, y el bribon, en vez de responderme, señaló mis piernas y provocó á reir á todos los demas monos. Yo, entonces, le pegué en las orejas, y cayó al suelo.

—Así hacen todos en cuanto se les pega en la orejas, dijo el Amal pensati-

vo, como si hubiese encontrado una gran ley inductiva.

—¡Ah! dijo Pelagia alzando los ojos y con su encantadora sonrisa, no son gigantes como vosotros, que haceis á una pobre muger sentirse como una gacela en las garras de un leon.

—Continuaré. Ocurrióseme que, hablando en lengua goda, el chico pudiera no haberme entendido, pues que era griego. Entré por lo tanto en el portal, para ahorrar preguntas y ver por mi mismo. Uno de los presentes me alargó la mano. Yo supuse que seria para pedirme dinero, y le dí dos ó tres monedas de oro y un golpe en la oreja, que por cierto le derribó en tierra; pero me pareció que quedaba muy satisfecho. Entré, pues.

—¿Y qué viste?

—Un gran salon, bastante ancho para contener mil héroes, lleno de esos pícaros de egipcios echando garabatos con pinceles sobre tablillas, y al extremo de él la muger mas bella que he visto en mi vida, con hermosos cabellos y ojos azules, hablando, hablando. . . . No pude entender lo que decia, pero los monos parecian encontrarlo muy bueno;

pues primero la miraban á ella, y despues sus tabillas, abriendo la boca como ranas sedientas. A la verdad, era tan hermosa como el sol, y hablaba como una muger Alruna. No que yo comprendiese una palabra; pero lo que es ver de un modo ú otro todos podemos. Al fin, me quedé dormido; y cuando desperté y salí, encontré á uno que me entendia, el cual me dijo que era la famosa doncella, la gran filósofa. Esto es todo lo que sé de filosofía.

—¿Qué lástima de muger entre esos afeminados pisaverdes! ¿Por qué no se casa con algún héroe?

—Porque no hay aquí ninguno en estado de casarse, dijo Pelagia; excepto algunos que están ya comprometidos, y mucho mas ventajosamente.

—Pero ¿qué es lo que hablan y aconsejan al pueblo esos filósofos, Pelagia?

—¡Oh! ellos no dicen á nadie que haga nada. . . . á lo menos, si lo dicen, no veo que ninguno les dé oído: hablan de soles y estrellas, de justicia é injusticia, de almas y espíritus, y otras cosas por el estilo; tambien recomiendan la templanza en los goces. Sin embargo, nun-

ca he visto á uno de ellos mas feliz que los demas hombres.

—Esa debe haber sido una doncella Alruna, dijo Wulf para sí.

—Es una criatura muy preciada de sí misma, y yo la aborrezco, dijo Pelagia.

—No lo dudo, murmuró Wulf.

—¿Qué es una doncella Alruna? preguntó una de las jóvenes.

—Algo que se parece á ti como un salmon á una sanguijuela. Héroes, ¿queréis oír una saga?

—Con tal que sea fria dijo Agilmundo, que trate de hielo, pinos y tempestades de nieve. En tres dias mas voy á quedar completamente asado.

—¡Oh! dijo el Amal. ¿Si nos viésemos otra vez en los Alpes, aunque fuese solo por dos horas, resbalando por aquella nieve sobre nuestros escudos, con el silbo del granizo á nuestros oídos! Aquello si que era diversion.

—Para los que podian conservar su asiento, dijo Goderico. ¿Y el que caia de cabeza en un ventisquero y se enteraba en cincuenta piés de nieve, y necesitaba ser metido dentro de un caba-

llo acabado de matar para que volviese á la vida?

—No serias tú, de seguro, dijo Pelagia. ¡Oh, admirable criatura! ¡Cuántas cosas has hecho y sufrido!

—¡Bien! exclamó el Amal con una mirada de necio amor propio. Supongo que he visto bastante en mi tiempo, ¿eh?

—Sí, Hércules mio; has concluido tus doce trabajos y salvado á tu pobre Hesione, despues de dar cima á todos ellos, cuando estaba encadenada á la roca, para servir de pasto á los horribles monstruos marinos; y ella te amará y te librá de nuevos trabajos para conservarte á su lado.

Diciendo así, Pelagia rodeó con sus blancos brazos el cuello de toro del Amal, y le estrechó contra su pecho.

—¿Quereis oír mi saga? dijo Wulf impaciente.

—Queremos, sí, contestó el Amal; cuéntanos algo para pasar el tiempo.

—Que hable de nieve; dijo Agilmundo.

—¿Y no de las esposas Alrunas?

—De ellas tambien, dijo Goderico; mi madre lo era, y así debo defenderlas.

—Lo era, sí. Eres digno hijo suyo.

Ahora, escuchad, lobos de los Godos.

Y el anciano tomó su pequeño laud, ó su *fidel*, que es como probablemente lo llamaria, y comenzó á cantar, acompañándose:

Junto al faego de los campamentos  
He bebido con héroes;  
A orillas del Danubio,  
Calentándome en la trinchera,  
He oido á los sagas,  
Hombres de los Longobardos,  
Sábios y viejos,  
Con voces dulces como miel.  
Espantando el lobežno,  
Espantando el buho,  
Sacudiendo las guirnaldas de nieve  
De las ramas de los pinos,  
Al estrellado cielo  
Sube su canto.  
Cantaban que el pueblo de Winil  
Sobre la helada superficie  
Resbalando, desde la Escania  
Vinieron á Seoring;  
Cantaban de Gambara,  
La amada de Freya,  
Madre de Ayo,  
Madre de Ibor;  
Cantaban que los hombres de Wendel,